

—¿Que cómo llegué a Inspector Jefe? -Mis recuerdos me obsequiaron con una sonrisa de satisfacción.

—Fue en el año 2069. Por aquel entonces era un joven inspector, ambicioso y, por qué no decirlo, con bastante talento. La inteligencia artificial nos resolvía gran parte del trabajo en la Brigada Antiterrorista. Esas máquinas procesaban una cantidad ingente de datos: búsquedas, compras, viajes, redes sociales, informes médicos, y todo tipo de patrones de comportamiento. Después nos sugerían los posibles sospechosos. Pero los inspectores seguíamos siendo los verdaderos artistas. Dábamos el toque final a las investigaciones, guiados por nuestra creatividad y nuestra intuición. Cada uno de nosotros analizaba a los sospechosos. Nos poníamos en su piel, visualizábamos sus posibles pasos y perfilábamos una lista final con los sospechosos más peligrosos.

Así fue como evité el que podía haber sido uno de los peores atentados de la historia.

El sujeto en cuestión tenía un perfil bajo de riesgo y había pasado desapercibido para mis compañeros, pero no tuve dudas. Fui capaz de entrever todo el mal que Adolfo Prieto alias "Adolf" llevaba dentro. Se trataba del perfecto enemigo público número uno; un auténtico camaleón. Era un alto cargo del Ministerio, que residía en

una idílica mansión en Ávila, una de las ciudades periféricas más exclusivas de Madrid.

Es difícil de explicar, pero al analizarle comprendí su carencia de empatía y su completa falta de humanidad.

El azar ayudó también a que descubriera en su garaje varios bidones cargados de sustancias sospechosas. Comprobé sus búsquedas en Internet y... ¡Touché! Le detuvimos en la Estación de Ávila HyperInertia Cercanías, a punto de subir a una cápsula inercial, cargado con una potente arma química en su maletín. En 10 minutos la hubiera propagado en la estación de Moncloa HyperInertia, o en cualquier otro lugar emblemático del centro de la Capital.